



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora

DE PAPEL

El Porvenir Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 19 DE MAYO DE 2024

Olga de León G. / Carlos A. Ponzio de León

La desgracia de vivir

DILES QUE ME PERDONEN
OLGA DE LEÓN G.

La gente casi nunca dice lo que realmente piensa, a veces solo por que sí, porque no quiere decirlo; otras, porque sabe que no le conviene, o que no le interesa a su interlocutor; pero, también oculta sus pensamientos, por hábito, porque tiene la costumbre de mentir, de inventarse un mundo que no es el real, pero que le gusta más que ese en el que vive.

A mis personajes en el cuento que abajo escribo, les gusta vivir fuera del mundo real, son idóneos para la ficción, y muy ad hoc como parodias de gente del campo puestos en la ciudad. Intentan ser auténticos, aunque haya muchos como ellos: toda una comunidad.

Y, en un pequeño homenaje a Juan Rulfo, por su fecha de natalicio, he escrito teniendo en mente: "Diles que no me maten", "Luvina" "No oyes ladrar los perros" y destellos de "Pedro Páramo", lo que enseguida se lee:

Pos sí, doña Elvira, así mismo fue, tal como se lo he contado: el Dionisio se murió bien borracho y a sabiendas de que pronto moriría. Tomó durante cuatro días seguidos y, en cada uno, anunciaba su muerte: -ya me voy a morir, de hoy no paso...

Diles, Juancho, -a todos los que te pregunten por mí- que me morí rápido y muy contento. Que no sufrí, que no sufran ellos por mí. Y, pos sí, se murió: sin aspavientos. Nomás se le cayó la cabeza sobre la mesita de madera, donde estaba tomando y se quedó como dormido; cuatro horas después, su mujer se le acercó y se dio cuenta de que ya no respiraba: le levantó la cabeza y le limpió la cara con el delantal que ella traía puesto.

La Dolorita no lloró, no derramó ni una lágrima. Cuando le pregunté que por qué no lloraba, me dijo: -Mire usted, don Juancho, ya lloré demasiado toda mi vida a causa del Dionisio, yo sabía bien que el día que se muriera, no lloraría... Tampoco le diré que haré fiesta o me reiré de que el que tan mala vida me dio, se haya muerto. No señor, yo no soy ansina. Pero, no me pida que sienta lo que no siento: tristeza. No, esa la sentí toda mi vida, por verlo a él tan irresponsable y a mí tan tonta que nunca lo abandoné, como tantos me decían: mi propia familia, entre ellos, hasta a veces los mismos hijos que tuvimos, a los que los enseñé a respetarlo, a pesar de ser como fuera que fue conmigo, porque era su padre, y con ellos no fue mal hombre; también algunas amigas que sabían de la mala relación que existía entre nosotros, pos lo vieron varias veces agarrado de la cintura de otras fulanas, no entendían por qué no lo dejaba si yo no necesitaba de él para vivir y hacerme vivir con todos los gastos y manteniendo a nuestros hijos, yo solita (siempre pude hacerlo)...

Fue todo lo que expresó mi comadre, contó el Juancho, y ya no volvió a abrir su boca para nada. Ni el día



del velorio ni en el sepelio, dijo nada Dolorita, la mujer del difunto Dionisio. Desde entonces, pienso que sí es posible que cada uno se muera cuando quiere y como sea que quiera morirse... Si se empeña mucho en lograrlo, como lo hizo mi compadre Dionisio. Quien se murió de tristeza y de decepción de sí mismo, al comprender, en los últimos años de su vida, que estuvo equivocado en casi todo... Y que nada podía ya enmendar.

Diles que me perdonen, Dionisio, yo no pude nunca pedirles perdón a los que ofendí... Prencipalmente a mi mujer. Pero, compadre, le contesté: a toro pasado, ya ni remedio hay... Además, no me corresponde hacerlo a mí.

A lo mejor, esa respuesta de mi persona, para él, fue como "el tiro de gracia" para que perdiera la voluntad de vivir... ¡yo qué sé!

Bueno, si no alcanzo a decirse los yo mismo, tú diles que los quise mucho. Gracias, compadre, aunque ya casi no te distingo, sé, porque lo siento, que sigues aquí, que estás velando mis últimos momentos en este mundo, en este "Valle de lágrimas".

Sobre la mesita de madera golpeó suavemente su cabeza, que quedó de lado, con el último pensamiento verdadero y valioso -Dionisio- sobre su vida y sus amores. Murió solo, pero en paz con él mismo y con los que lo amaron con todos sus defectos y algunas cualidades. Nadie somos totalmente buenos ni absolutamente malos. Todos merecemos al menos un par de lágrimas, cuando paratamos para Comala.

EL DISCRETO MENSAJE
CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

Cumplía dieciocho años y era la primera vez que me encontraba en un bar de la Condesa: mi novio lo había propuesto. Me sorprendió encontrarme con un sitio oscuro apestando a cebada y madera, con música a un volumen altísimo y con chicas perreando sobre la pista de baile. A mí me dolía el estómago un poco: creo que era por lo que había comido. Ordené una limonada y mi chico una cerveza; recuerdo bien.

"Yo no sé por qué estos pendejos de cantantes se creen compositores", me dijo mi chico. Él es productor: se encarga de todo el aspecto musical que necesitan los artistas que maneja, a quienes él llama su "talento". Eso sí: cada uno debe mantener su figurita de consumidores de marihuana o cocaína: esqueletos vivientes que cantan al mismo tiempo que bostezan. Mi chico me dijo: "es el negocio de un viejo panzón que se divierte con estas criaturas en la actualidad. Creen que van a cambiar el mundo, cuando el mundo los moldea a ellos".

Nos encontrábamos, mi chico y yo, sentados en la barra del bar. Un óvalo que iba y daba vuelta y luego regresaba en forma de U, encerrando otra barra sobre la que flotaba la cristalería: los vasos para todas las bebidas que se puede uno imaginar. Y visualmente, aquello era una lumbra para mí. Nunca había estado ahí. Podía verlos, a mi chico y a mí, en un espejo bajo la cristalería. Lo único que me molestaba era que él se encontraba un poco distraído. Le pregunté si quería ordenar algo de cenar y ni supo que le estaba hablando, menos entendió

qué le había preguntado. Miraba de un lado a otro, como buscando algo. Yo le platiqué sobre mi semana: el bolso que había comprado en el centro comercial, los helados de nieve con las amigas al salir del trabajo, las noticias de Shakira y Piqué. Pero él: ni en cuenta.

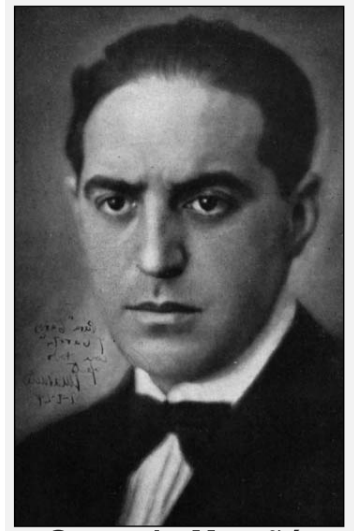
Entonces noté que de pronto miraba con insistencia a la barra pegada a la pared. Había dos parejas que, cada una, había llegado por su cuenta, y más al fondo un tipo un poco mayorcito... para la edad de los que estábamos ahí. Despeinado y en faldas de manga corta, llevando pantalones cortos, bebiendo una cerveza directamente del vidrio de la botella. Yo no sé qué veía exactamente... pero mi chico giraba constantemente para mirar hacia la pared. Yo lo veía en el espejo.

Lo quise distraer dándole un beso, pero no me peló. Cuando finalmente se dignó para voltear a verme, le puse mi jeta más odiosa: una cara de tortuga enfadada que nunca me había visto ni yo a mí misma. "A ver cuándo me la quitas", según yo le dije con la mente, pero solo lo pensé. Noté que al menos se preocupó. Me dio un beso en la mejilla; pero, yo: igual: viendo a una mesa en el pasillo, del otro lado. Había dos sitios dónde colocar la vista: me fijé en el chico que se encontraba solo. "¡Nena, nena!", me dijo mi novio para que volteara hacia él. Lo hice, pero solo por un instante. Volví a observar hacia las mesas en el pasillo. Entonces lo escuché con su voz de que estaba bien encabronado: "¡Nena, te estoy hablando!". Giré mi cuellito para observarlo brevemente. ¡Y estaba emputadísimo! Yo: como quiera, volví la mirada al pasillo.

Pero, bueno, "ya no voy a ver al güey que está solo", me dije. Me puse a observar a la pareja en la otra mesa. Mi chico dejó de hablarme. Pasaron como tres... cuatro minutos sin que me dijera nada y vino el mesero. "¿Le sirvo otra limonada?". "Por favor", le respondí. Entonces mi chico se acercó a mi oído y me dijo: "Si vas a estar así... mejor nos vamos". "¡Mira, qué cínico!", pensé. Le hice seña para que se acercara. "¿Ya me vas a pelar?". "¡Claro!". "Ok", me dije, "voy a quitar mi jeta... pero, poco a poco".

Dejó de mirar hacia el pasillo y me puse a observarme en el espejo. Me acomodé el cabello con la mano. Lo traía debajo de los hombros. Entonces mi chico me abrazó por el cuello y me dio un beso en la mejilla. "Voy al baño, no tardo". Y se fue.

Entonces, no sé cómo, pero alcancé a ver al viejo que estaba en la barra donde mi chico estaba mirando y que viene directo a donde yo estaba. Traía algo en la mano: una servilleta que dejó sobre la barra, frente a mí, tenía escrita con pluma: "A tu novio le gustan los hombres". Me quedé blanca. Volteé a mirarlo y se había ido rumbo al baño, donde mi chico se encontraba...



Gregorio Maraño

(Gregorio Maraño y Posadillo; Madrid, 1887 - 1960) Médico y ensayista español. Estudió en la Facultad de Medicina de Madrid, y obtuvo el grado de licenciado en 1909 y el de doctor en 1910. Gregorio Maraño

Como escritor destacó en el campo del ensayo, la biografía y la historiografía. Pedro Laín Entralgo, su más señalado biógrafo, ha destacado de su figura tres facetas: la de médico, la de historiador y la de moralista. A la suma de varias de ellas se deben obras como Las ideas biológicas del padre Feijoo (1934), Vocación y ética (1935) o El médico y su ejercicio profesional en nuestro tiempo (1952), aunque lo principal de su obra literaria son las biografías en las que caracteriza a diversos personajes históricos, convirtiéndolos en emblemas de una época y en prototipos de un carácter, lo que no significa, como por desgracia se ha entendido a veces, que esos personajes "fueran" así, sino que Maraño deduce de su actuación determinadas características que convierte, como ya se ha señalado, en prototípicas del personaje o de la época.

Son obras como Enrique IV de Castilla y su tiempo (1930, reeditado en 1941 como Estudio biológico sobre Enrique IV de Castilla); Amiel. Un estudio sobre la timidez (1932); El Conde-duque de Olivares (la pasión de mandar) (1936); Tiberio. Historia de un resentimiento (1939); Luis Vives (Un español fuera de España) (1942); Antonio Pérez (El hombre, el drama, la época) (1947); Cajal: su tiempo y el nuestro (1950) y El Greco y Toledo (1956), a los que se sumó póstumamente Juan Maragall y su tiempo (1963).

A estos ensayos se suele unir, a pesar de no tratarse de un personaje histórico sino mítico, Don Juan. Ensayos sobre el origen de su leyenda (1940), de gran interés por confluir en su valoración del mito con visiones como las de Ramón Pérez de Ayala o Miguel de Unamuno. Maraño examinó a los personajes como si se tratase de casos clínicos, interpretó su vida desde un punto de vista médico y destacó su condición de individuos situados fuera de la normalidad. El ejemplo más polémico y difundido de su singular punto de vista son sus juicios sobre el mito de don Juan, al que consideró un personaje escasamente viril en contra de la idea popular, que lo hizo emblema de la masculinidad.

Su estilo, base indudable de su éxito, se caracteriza por su capacidad expositiva, que se sitúa a medio camino entre la prosa científica y la expresión literaria. Por ello está considerado no sólo como uno de los principales ensayistas de nuestro tiempo, sino también como el eslabón entre el ensayo literario y el específicamente científico.

ad pèdem literae

Los bárbaros que todo lo confían a la fuerza y a la violencia, nada construyen, porque sus simientes son de odio.

José Martí

Letras de buen humor

Hay un solo niño bello en el mundo y cada madre lo tiene

José Martí

Mónica Lavín

Gloria y ruina del cine Victoria

¿Cómo contar la historia de uno mismo?, ¿sobre todo cómo contar la huella de la infancia y la adolescencia en quien uno es ahora?, ¿cómo escoger del bagaje caótico de los recuerdos aquellos que cincelaron nuestra educación sentimental? En la novela El arte del engaño (Universidad Autónoma Benito Juárez de Tabasco, 2023) Álvaro Ruiz Abreu, a través de su alter ego, Arturo González, oriundo de El Porvenir, pequeño poblado tabasqueño entre el mar y el manglar, nos lleva al momento distante por distinto, antes de la era globalizada, en que la llegada del cine a aquella población de cocotal y pesca, luego ganadera y petrolera, ensanchará las vidas de sus habitantes y permitirá sobre todo leer la vida en clave de cine. Arturo, a petición de un curioso psicoanalista, Marcos Heder, escribe un informe sobre sí mismo. Se dedica a poner al día la memoria. La novela es un híbrido tan pronto viaje a la infancia cuando el cine Victoria cambió la vida de El Porvenir, como un coro de voces múltiples que comparten el peso y el paso del cine en sus vidas y los argumentos de varias películas de la época de oro del cine mexicano. Nos sumergimos en un anecdotario donde desfilan los miembros de la familia González, dueños de la tienda que fundara el abuelo. Un día, uno de los comerciantes que está muy atento a la modernidad le endilga, esa es la palabra, al padre de Arturo los

proyectors y unas latas de películas y le dice que ese es el futuro, que luego le pague. Y no se equivoca. El futuro es la ventana que se abre al mundo y a las historias ajenas, la ventana es una sábana que cuelga a la intemperie. Diez años después, el tío Luis Antonio, mujeriego, simpático y echado para adelante, casi el Pedro Infante local, es quien emprenderá la construcción del cine que llevará el nombre de Victoria y que con su gran altura y sus butacas de madera será ese barco donde zarpa la población hacia la promesa dorada del cine nacional. La mujer del Puerto, Enamorada, Salón México, El rey del barrio, con sus ídolos Pepe Guizar, Joaquín Pardavé, Luis Aguilar, Tin Tan, María Félix, Pedro Armendáriz, Elsa Aguirre, Miroslava Stern, Silvia Pinal, un largo etc. y desde luego Pedro Infante. Las vidas empiezan a cantar y contar en melodrama.

El año de 1957, cuando el sismo de la Ciudad de México tiró a la victoria alada y la dejó descabezada y escamas doradas tiñeron la glorieta del Ángel de la Independencia, es el pivote para este reportaje en el que se esmera Arturo González, es también el año en que Tizoc se proyecta en el Victoria y en que el avión que piloteaba Pedro Infante se desploma cerca de Mérida. El ídolo de la sonrisa afable, el simpático bonachón, uno de los Tres García o de los Tres huastecos, el de Amorcito corazón, Pepe



el Toro enluta al país y desde luego a El Porvenir.

El Victoria cerró para siempre en 1991, cuando la era del video, un Cinema Paradiso tropical donde los espectadores suspiraban al unísono. El informe de Arturo González toca nuestra puerta recordándonos que de alguna manera todos llevamos un cine Victoria dentro. El arte del engaño ocurre en la narrativa del cine y la novela; la escritura rescata la memoria y su invención. Hay en esta gloria y ruina del cine Victoria una posibilidad de transportarnos a los asombros

primeros y a la manera que se recorrió el mundo para un niño y un joven que llegó para siempre a la Ciudad de México, esa ciudad que conoció primero en el cine.

"... esa sombra, la del cine todas las noches, no me la quitaría jamás, (...) te dejaba con la sensación de haber hecho un largo e inesperado viaje, esa cosquilla de que en este pueblo, tan parecido a Macondo y a Luvina y muy lejos de la Santa María de Onetti, se quedaban para siempre mis ojos y mis deseos más remotos".